

AGUSTÍN COMOTTO

El peso de las estrellas

Vida del anarquista
Octavio Alberola

Rayo verde
editorial

Las casualidades de la historia

Por Octavio Alberola

Por las extrañas casualidades de la vida, nací el mismo año que el Che Guevara y Noam Chomsky, aunque a varios miles de kilómetros de distancia... Yo, el 4 de marzo de 1928 en Menorca, España; el Che, poco después, el 14 de mayo o el 14 de junio (según las fuentes que se consulten) en Rosario, Argentina; y Chomsky, el 7 de diciembre en Filadelfia, Estados Unidos. En principio, nada permitía entonces prever lo que seríamos después y, aún menos, los encuentros y desencuentros que se producirían entre nosotros.

Pasaron muchos años y ocurrieron en el mundo muchas cosas antes de que en 1956 me cruzara en México con el Che. Esto sucedió poco antes de que se embarcara en el yate *Granma* con Fidel Castro para comenzar la lucha guerrillera, en la Sierra Maestra de la isla de Cuba, contra la dictadura del general Batista. Luego, bastante tiempo después de esa epopeya libertadora y de su institucionalización como revolución, y de la épica desaparición del Che y de ser erigido icono revolucionario, fue con su nieto Canek Sánchez Guevara con quien me encontré... A comienzos del segundo milenio, Canek llegó a París con el objetivo de ofrecernos su colaboración para la edición del boletín *Cuba libertaria*. Más tarde, a finales de enero de 2015, me tocó escribir un obituario en su memoria, por el inesperado fallecimiento de Canek en México.

En el caso de Noam Chomsky, fue a mediados de los años setenta cuando nos cruzamos en París durante una de sus conferencias en la Universidad de Vincennes, la universidad libre surgida del movimiento contestatario de mayo de 1968 que daba

ya sus últimos estertores como ágora libertaria. Aún tuvieron que pasar bastantes años antes de que polemizara con él por haberse prestado, en 2013, a acreditar en Caracas la demagogia socialista de la «revolución bolivariana» del coronel Hugo Chávez.

He traído a colación estas dos sincronías, en relación con la fecha de mi nacimiento, porque desde muy joven he tenido la impresión de que la episteme de cada momento histórico determina la manera en que cada generación resuelve sus contradicciones y deja su huella en la historia. Y también porque, además de que existe una íntima conexión entre el individuo y su entorno, en ciertas ocasiones la simultaneidad de eventos, aparentemente inconexos, no es una casualidad sino el efecto de la causalidad marcada por la episteme de cada época. En otras palabras, esos eventos excepcionales —atribuidos en general a la «casualidad», a la suerte e incluso a la magia— son consecuencia del determinismo histórico que rige nuestras vidas y que provoca los acontecimientos que van construyendo la historia humana.

Me parece, pues, que esas sincronías son, en mi caso, significativas para dar indicaciones, desde el comienzo de la autobiografía, sobre la orientación que tomará mi vida a través de las convulsiones de la historia de estos últimos noventa años: tanto de las que me tocó vivir como testigo involucrado más o menos conscientemente, como de aquellas que viví desde lugares alejados y a veces preservados de sus desastrosas consecuencias.

Por supuesto, de lo que representaron para mí esas convulsiones durante el período de mi infancia, y de la conciencia que llegué a tener de ellas más tarde, solo puedo dar cuenta a través de lo que conocí después por el estudio o por lo que me contaron mis padres y amigos. En general, todos tenemos mucha dificultad para recordar los sucesos de nuestra infancia; un fenómeno que se explica por la incesante creación de nuevas células neuronales, la neurogénesis, que permite a los niños aprender cada vez más cosas pero que borra los recuerdos, incluso los más personales. Con mayor razón, los recuerdos que podrían dejar las convulsiones producidas por la lucha de clases y el instinto

de supervivencia en las mentes infantiles, antes de llegar a la adolescencia.

Consciente de esta dificultad, ¿cómo reseñar los eventos más importantes del período de mi infancia desde que mis padres, un aragonés y una catalana, me engendraron en esa isla de Menorca, donde llegaron, un año o dos antes de mi nacimiento, empujados por la pasión de mi padre por la enseñanza racionalista y por una especie de instintiva vocación al apostolado social que mi madre compartía con él? ¿Cómo explicar, a modo de recuerdo, el motivo de que ese «apostolado» estuviera marcado siempre por la defensa de la libertad y la igualdad para todos?

Más tarde, en la adolescencia, al comenzar a ser más autónoma mi existencia consciente, empecé a comprender lo que eso supuso en la evolución de mi mente para forjar el pensamiento y la conciencia de mi «yo», y los sentimientos que me fueron uniendo e identificando a ellos. No obstante, lo más probable es que esos acontecimientos y su significado se constituyeran como recuerdos en mi mente por lo que luego supe o escuché sobre ellos, y que gracias a esa síntesis neuronal he podido «recordar»...

Se trata, no cabe duda, de una transmisión parecida a la que se produce entre una generación y la siguiente, que también necesita la escritura y oralidad para constituirse en memoria. En consecuencia, como estoy seguro de que lo que podría contar de ese período sería una construcción y no un verdadero recuerdo, me ha parecido más lógico dejar a Agustín la responsabilidad de hacerlo... No solo por honestidad, sino también por coherencia y teniendo como objetivo la transparencia que debe presidir la redacción de una autobiografía.

Mi relato autobiográfico comienza, pues, a partir de mi adolescencia, cuando era estudiante en la secundaria y preparatoria de Xalapa, capital del Estado de Veracruz de la República mexicana.

Polizante en un largo tren

Por Agustín Comotto

Todo esto comenzó en la primavera de 2014. Estaba buscando información en la Biblioteca Arús de Barcelona para la novela gráfica sobre la vida de Simón Radowitzky en la que estaba trabajando. Encontrar algo en una biblioteca antigua no es fácil. Intentaba comprender el funcionamiento de las fichas de papel, indispensables para dar con el material que buscas, cuando, a punto de zozobrar entre métodos decimonónicos, tuve la ayuda de alguien a quien no conocía. Se trataba de Agustín Guillamón. Me sugirió un método de búsqueda que fue de gran utilidad. Charlamos e intercambiamos direcciones de correo electrónico. Agustín es un historiador con una memoria prodigiosa para recordar hechos, fechas y datos en apariencia irrelevantes. Aquel encuentro casual me proporcionó muchas satisfacciones *a posteriori* que, por descontado, no esperaba. Un año después recibí un correo de Guillamón en el que, de una manera escueta —como escribe siempre sus correos—, decía: «Octavio Alberola estuvo en el entierro de Radowitzky en México, en 1956. Aquí tienes su correo electrónico. Vive en Perpiñán».

Y así fue como, escribí a Octavio. Ágil en el mundo digital, no tardó demasiado en responder a mi correo. Era una oportunidad extraordinaria, por tratarse de una fuente directa, y quería entrevistar y conocer a la única persona con vida —que yo tuviese noticia— que había conocido a Simón. La necesidad que tenía de saber cosas sobre el personaje que me provocó tantos desvelos durante años quedó satisfecha. Octavio me hizo «ver» el final del libro y, gracias a él, encontré la manera de acabar el trabajo. Cuando lo entrevisté, Octavio no recordaba nada del entierro de Radowitzky, pero sí me confirmó que lo había conocido. Tanto mi compañera, Anna, como yo quedamos impresionados por su lucidez, serenidad y enorme humanidad. En ese

momento conocimos a Octavio y Ariane, su compañera, pero también a algunos exiliados que por diversos motivos nunca regresaron a España después del final de la dictadura.

Probablemente, Octavio tiene razón cuando habla de que existe cierta lógica en la casualidad. Uno encuentra porque busca, y si los que buscan buscan cosas comunes es posible que se crucen los caminos. Pero no deja de ser fascinante cómo cierta fuerza de gravedad atrae a personas con propósitos comunes.

Dos años después del encuentro en Perpiñán, ya tenía acabada la novela gráfica sobre Radowitzky y estaba a punto de presentarla. Había sido un proceso largo y complejo, y, dado el importante papel desempeñado por Octavio, quise que estuviera en la presentación. Era una apuesta difícil porque Octavio ya tiene muchos años y podría haberme dicho que no. Pero dijo «sí». Y, después de muchos años de trabajo y esfuerzo, el círculo se cerró de manera natural.

Todavía recuerdo el silencio absoluto que se hizo en la presentación cuando Octavio cogió el micrófono y comenzó a hablar sobre Simón, sobre ese momento breve en el que sus vidas se cruzaron, en México D. F., en 1955. Octavio habló durante quince minutos. Cuando Octavio habla, genera una extraña fascinación, una mezcla de conciencia ética y conciencia de bienestar en la que el oyente se sumerge y se deja llevar. Hace que todo sea inteligible. Es el silencio natural del que escucha y viaja por el tiempo y las ideas. Todos los que estábamos allí, ese día de noviembre, viajamos al pasado, vimos a Simón Radowitzky enfermo y cansado y a Octavio joven y lleno de energía hablando con él. Un recuerdo concreto nos fue transmitido por ese sentido milenario que tiene la oralidad. Porque, cuando habla Octavio, puedo imaginarme el ritual que se producía hace miles de años dentro de la caverna, delante del fuego acogedor, cuando el viejo de la tribu contaba historias de caza, de dioses o de tormentas.

Consciente de que la historia de su vida merecía ser recordada, le pregunté a Octavio varias veces por qué no escribía su autobiografía, a lo que siempre me contestaba que lo había

pensado pero que las circunstancias no le incitaron a hacerlo. Un mes después, recibí un correo suyo donde me proponía, sin más, ayudarle a escribir su autobiografía. Según Octavio, su historia debe ser comentada, en el sentido de «pasar por los hechos que conforman su periplo vital y poder dialogar sobre ellos». En un principio tuve algún reparo. ¿Con qué derecho puedo meterme en su vida? No tengo una respuesta que lo justifique. Me dejo llevar por la intuición y por la enorme sabiduría de Octavio. «Si él lo quiere así, por algo será.» Octavio es anarquista. ¿Qué significa esto? No lo tengo del todo claro, porque he conocido a muchos anarquistas y cada uno tiene un concepto muy personal acerca de lo que debe ser la anarquía como forma de vida y pensamiento. Octavio es antiautoritario, y posee una capacidad de comunicación que pocas veces he visto en una persona, y, por encima de todas las cosas, tiene una curiosidad sin límites. Octavio se maravilla por la vida, la naturaleza, el cosmos y sus leyes o el desorden de la existencia humana. En este sentido, su interés por el diseño de la vida en sociedad lo ha llevado a construir un periplo vital rico en experiencias y en el cual, a través de su actitud personal y de militancia, ha tratado de influir en aras de la equidad, la armonía y el respeto entre pares.

Espero a Octavio en la estación de Sants, en Barcelona. Va de camino a Valencia para asistir a unas jornadas libertarias. Lo busco con atención porque Octavio no tiene móvil; si no lo veo, no podremos encontrarnos. Finalmente, es él quien me localiza.

—La historia comienza por mis padres. Si puedes, encárgate tú de ellos.

—Por supuesto, Octavio. ¿Así quieres que comience el libro?

—Sí. Pienso que es bueno; lo que creían y por lo que lucharon. Mi padre era anarquista y supongo que eso influyó en mí. Lo que me gusta del proyecto —comenta— es que tu generación también quedará en la obra.

Hablamos durante las dos horas que teníamos por delante y, al final, acompañé a Octavio a coger el tren. Casi se le escapa, pues perdimos la noción del tiempo y ninguno llevábamos reloj.

Los recuerdos vaporosos

De aprendiz a maestro

Encinos achaparrados; la tierra de color gris, mechada de amarillos secos de hierba invernal, y, de tanto en tanto, los polvorientos pueblos fundidos con el entorno rural aragonés. Nada muestra signos de cambio respecto al paisaje en el que nació José Albero-la, el padre de Octavio.

José nació en Ontiñena, cerca de Fraga, donde Aragón se funde con Cataluña y los idiomas juegan una mala pasada al viajero despistado. Ontiñena, junto al río Alcanadre, es vecino de una larga lista de nombres familiares cuyos puntitos aparecen en el mapa: Fraga, Bujaraloz, Mequinenza... Lugares que evocan sueños de utopías que se intentaron llevar a cabo en los años de la Guerra Civil. Pero en 1895, época en que nació José, vivir en Ontiñena tampoco era fácil, motivo por el cual su madre, junto a José y sus dos hermanas, abandonó el pueblo rumbo a Barcelona. Aparte de buscar un futuro más prometedor, había otra razón para salir del pueblo. La muerte del padre de José dejaba una viuda joven, madre de tres criaturas, que se vería obligada a arrastrar el luto a lo largo de toda su vida en una región, la del Bajo Cinca, atávica y de fuerte tradición religiosa.

Llegaron a Barcelona a principios de 1900. En plena expansión económica, la ciudad presumía de dos venas industriales, los ríos Besós y Llobregat, llenas de actividad fabril y humo y que atrajeron una creciente inmigración llegada de diferentes partes de la península en busca de trabajo y oportunidades. A comienzos de 1900, y en menos de cinco años, habían llegado a la ciudad más de 250 000 personas.

¿Cómo llegaron aquellos aragoneses del campo a la ciudad?
¿En carro? ¿En tren? ¿Cuántos enseres debía llevar una viuda con

tres criaturas en esa época? Sin duda, fue una experiencia dura para un niño de tan solo cinco años, que se agarraba fuerte de la mano de su hermana mayor como si fuera su único salvavidas.

José iría a la escuela, y sus hermanas, como era obligado entonces para las mujeres pobres, a fregar casas burguesas. Eran extranjeros, pobres venidos de Aragón.

Por esa época, en Barcelona comenzaron a notarse algunos intentos de cambios progresistas de orden social. Uno de ellos se produjo en torno a las escuelas. La España de Alfonso XIII experimentó un fuerte aumento del conservadurismo y, en el ámbito de la educación —bajo la influencia de la Iglesia—, esos cambios no pasaron desapercibidos.

José comenzó su educación en los Salesianos de Sarrià, una escuela religiosa de la zona alta de la ciudad. Después asistió a la Escuela Moderna de Francesc Ferrer i Guàrdia, de reciente fundación. Esta se hallaba en el punto de mira de la Iglesia y el Estado, dadas las innovaciones planteadas por Ferrer i Guàrdia en pedagogía.

En las escuelas religiosas y estatales de esa época, la separación de los niños y las niñas, los castigos físicos, la lógica de la repetición como método de enseñanza, la implantación del miedo y la obediencia por dogma eran las normas al uso.

Pero José comenzó una nueva educación con las ideas de Ferrer i Guàrdia, según las cuales adquirir conocimiento era lo opuesto a la idea que tenían los curas; es decir, José aprendió a saber cómo aprender.

¿Cómo es posible que un niño de origen pobre asistiera a la escuela fundada por Ferrer i Guàrdia, que estaba dirigida a la clase media? La pregunta no tiene respuesta, pero sí queda claro que la Escuela Moderna de Ferrer i Guàrdia es una de claves para comprender por qué José y después Octavio fueron anarquistas.

No hay datos concretos de José Alberola en esa época para completar su historia. Tan solo conjeturas sobre un niño del que conocemos su futura trayectoria. Sin embargo, es interesante constatar que los temores de los detractores de las enseñanzas de

la Escuela Moderna de Ferrer i Guàrdia estaban bien fundados. Porque José Alberola aprendió a pensar, más allá de obedecer, en dicha escuela. Esto cambió tanto su intelecto que, sumado a los acontecimientos sociales que sucedían en la ciudad, ya de adolescente canalizó su energía en coger el relevo de Ferrer i Guàrdia (fusilado por el régimen en 1909) para dedicarse a la docencia. Así, en la llamada Rosa de Foc (o Rosa de Fuego, en castellano), en esa ciudad portuaria de burgueses y repleta de proletarios en la que continuamente estallaban movimientos sociales, José Alberola se formó como maestro racionalista y anarquista.

Pero compaginar los estudios con la realidad de entonces no resultaba una tarea fácil. Para un joven humilde de catorce años era raro no verse comprometido en los sucesos que se producían en su entorno. Por ejemplo, el decreto del 10 de julio de 1909 del Gobierno de Antonio Maura para enviar las tropas de reserva (jóvenes de entre diecisiete y dieciocho años) a la guerra en Marruecos. La tensión estalló en la que, hoy, los libros de historia citan como la Semana Trágica. Una vez más, la Rosa de Foc ardió por los cuatro costados. En esta ocasión, José fue parte del fuego de una ciudad que, lenta pero de modo inexorable, caminaba hacia una revolución anarcosindicalista. Pero, por lo que recuerda Octavio, su padre no fue un joven de acción directa sino que, más bien, estuvo fascinado por las ideas anarquistas de Élisée Reclus, Piotr Kropotkin o Pierre-Joseph Proudhon. José tendría unos dieciséis o diecisiete años cuando comenzó a ejercer como maestro. Estaba profundamente influenciado por su propia experiencia como alumno de Ferrer i Guàrdia y por la lectura de la tendencia más humanista del anarquismo. Es probable que calaran hondo en él frases como estas:

Las máquinas, lo mismo que la división del trabajo, en el actual sistema de la economía social, son a la vez fuente de riqueza y causa permanente y fatal de miseria.

PIERRE-JOSEPH PROUDHON

El arroyo que yo he visto salir a la luz, tan limpio y alegre en el manantial, no es ahora más que una alcantarilla, en la que toda una ciudad arroja sus desechos.

ÉLISÉE RECLUS

En medio de este mar de angustia cuya marea crece en torno a ti, en medio de esa gente que muere de hambre, de esos cuerpos amontonados en las minas y esos cadáveres mutilados yaciendo a montones en las barricadas... Tú no puedes permanecer neutral; vendrás y tomarás el partido de los oprimidos, porque sabes que lo bello y lo sublime —como tú mismo— está del lado de aquellos que luchan por la luz, por la humanidad, por la justicia.

PIOTR KROPOTKIN

Todo esto sucedía en una ciudad que tenía tendencia a pegarle fuego a las iglesias o a volcar tranvías y hacer huelgas como reacción ante la opresión. Octavio cuenta que su padre había viajado en 1918 a París. Allí conoció a Paul Reclus —sobrino del geólogo ácrata Élisée Reclus— y a Renée Lamberet, historiadora e intelectual con los mismos ideales.

Octavio opina que este tipo de experiencias de nuestros padres acaba marcándonos. Y tiene razón, pues en Octavio confluye esa mezcla de los grandes pensadores y de la acción directa en Barcelona.

En 1919, en Barcelona, al igual que sucedía con los engranajes de sus fábricas, la dinámica social se aceleró: los obreros ya contaban con potentes sindicatos. La Confederación General del Trabajo (CNT), con tan solo nueve años de existencia como confederación sindical, planteaba prescindir del Estado e instaurar el comunismo libertario. Además, contaba con un elevado número de afiliados, tenía cierta afinidad con el sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT) y confiaba en construir el futuro desde el sindicalismo español. Así, sus

principales voces decidieron fomentar la acción directa como estrategia y rechazar todo tipo de pacto con la burguesía y la patronal fabril. Por su parte, las patronales, apoyadas por el Gobierno, contrataron a pistoleros para eliminar a los líderes sindicales más importantes. Incapaz de reconducir la situación Alfonso XIII aprobó, en 1923, el golpe de Estado de Primo de Rivera y se retiró de la política activa.

José, con veinticuatro años, ya era un maestro racionalista con experiencia educativa, que escribía para publicaciones periódicas anarquistas de la época, como *La revista blanca* o *Solidaridad Obrera*. La enseñanza lo llevó por diversos centros, como la escuela racionalista de la CNT Farigola i Natura (en castellano, Tomillo y Naturaleza) del Clot. Finalmente, José viajó a la ciudad de Olot a trabajar como maestro y donde vivía también su hermana Florentina.

Olot era por entonces una ciudad pequeña donde la industrialización ya estaba en marcha. José impartía clases a niños durante el día y a adultos por la tarde-noche. Esto era algo habitual, dado el elevado número de analfabetos que había en el mundo obrero. Muy pronto, la patronal empezó a mirar con desconfianza a aquellos maestros anarquistas que «contaminaban» con sus ideas a los obreros.

Aquel año de 1919 fue el de la gran huelga general de Barcelona, motivada por los despidos en la empresa eléctrica Riegos y Fuerza del Ebro S. A., conocida como La Canadiense. Este suceso tuvo réplicas en el resto de la región, y afectó a las fábricas textiles de Girona y Olot. José, como afiliado y parte activa de la CNT, estaba al corriente de lo que sucedía en Barcelona y, por ello, fue uno de los activistas de las huelgas que se produjeron en Olot. José redactó los manifiestos y toda la propaganda a favor de la protesta.

En Olot vivían los Suriñach, una familia de origen campesino que había ascendido socialmente y que ahora formaba parte de la burguesía acomodada de la ciudad. Tenían varias propiedades y, en una de ellas, la joven Clara Suriñach mantuvo una charla

informal con patronos de la industria, comerciantes destacados y miembros del clero. Fue una reunión donde se habló de la huelga, de la preocupación por la rebeldía de los obreros y del ambiente general de intranquilidad que se vivía en Olot. Pronto se puso nombre a los culpables: los anarquistas de la CNT y, en Olot, José Alberola con su escuela habían sembrado el virus refractario.

Clara Suriñach tenía una gran vocación samaritana. Católica practicante, austera y volcada en las obras de caridad, se sentía cómoda en el discurso de ayuda a los pobres. La palabra de Cristo la conmovía profundamente. Su religiosidad era sencilla, de valores simples y desprovista de artificios clericales. Por todo ello, quedó muy impresionada cuando su tío, que era cura y había asistido a la reunión, comentó junto con los demás patronos la posibilidad de «quitarse de encima» al maestro racionalista. Alguien mencionó a un matón alcohólico apodado Barretinas: él podría «lanzar al río» a José, aprovechando que solía ir a la arboleda cercana a su orilla para leer mientras paseaba.

Al día siguiente, Clara fue a ver a Florentina, la hermana de José, para advertirle de la tentativa de acción contra este. Ese día, José y Clara se saludaron por primera vez.

La huelga prosiguió y la patronal del sector textil amenazó con declarar un *lock-out*, o cierre patronal, una amenaza a la que se sumaron otros ramos de la industria local. La respuesta de los obreros fue encerrarse en las fábricas, ignorando el ultimátum.

A raíz del encuentro entre Clara y José, y contra toda expectativa de la familia Suriñach, Clara llevó comida a los obreros que estaban acantonados en su lugar de trabajo.

Días después, la huelga finalizó; se llevó a cabo el *lock-out* y las autoridades de Olot endurecieron la política hacia los trabajadores y simpatizantes de la huelga, y ordenaron «desterrar» al maestro, bajo amenaza de detención.

José abandonó la ciudad a comienzos de 1920, rumbo a Barcelona. Transitó por diversas escuelas, intensificó su militancia en la CNT y continuó colaborando en publicaciones anarquistas. En medio de todo ese trajín vital, José mantuvo el contacto

con Clara a través de cartas. Hasta que Clara se trasladó a Barcelona para unirse libremente a José.

La decisión de Clara fue inusual para la época y la clase social a la que pertenecía. Un salto al vacío hacia los principios de la acracia, algo muy difícil de digerir para su familia. Octavio recuerda que oyó hablar de la indignación de la familia de Clara porque esta tenía que trabajar limpiando la casa de unos rusos emigrados de Odesa que vivían en Barcelona. Además, Clara tenía cuatro hermanos y, al parecer, uno de ellos viajó a Barcelona para persuadirla de que volviera a Olot. La advirtió de los peligros de la lucha social y los anarquistas, trató de convencerla de que tenía un porvenir mejor en Olot, viviendo de otra forma junto a los suyos.

—Pienso que es fundamental hablar de la importancia de tu madre —le digo a Octavio—. Mucha gente habla de tu padre, José, porque en el ámbito histórico tiene un nombre, pero la renuncia de tu madre me parece monumental. Tiene un gran valor.

—Claro, claro. Fue enorme. Como comprenderás, en aquella época mi padre era la cabeza visible de la lucha y ella era «la compañera», una compañera, sin más. Por eso pienso que tiene importancia rescatar la figura de mi madre ahora.

—Para mí, la renuncia de Clara es capital. Abandonar a tu familia, tu religión, todo en lo que tú has creído hasta ese momento, es un gesto de amor, de flexibilidad del intelecto, que pocas veces se menciona. Siempre quedan por ahí olvidadas las compañeras, perdida su personalidad detrás de los luchadores. ¿Cómo era tu madre, Octavio?

—Ella percibía la religión como una cuestión de amor, de amor al ser humano. Esto lo identificó también en la lucha sindical de mi padre. Aceptó el amor libre, concebir hijos fuera del matrimonio, y mantuvo hasta su muerte la ruptura con la Iglesia. Pero también conservó siempre el discurso de amor de la religión cristiana... —Octavio hace una pausa para pensar, viajando muchos años hacia atrás—. ¡Ah!, también conservó un cierto puritanismo durante toda su vida. Por ejemplo, ya en

México, a los dieciocho años, yo era muy amigo de una chica. —Octavio siempre habla de «amigas»—. Mi madre me llamó para hablar aparte y me comentó que eso era muy grave. Me dijo que si ella llegó a tener hijos no fue para «meter a gente en este valle de lágrimas», sino que fue mi padre «el que quiso». Y agregó: «A mí, la cosa física nunca me atrajo».

—O sea que la vitalidad procreadora no fue de ella sino de tu padre. Es paradójico que, a pesar de su origen cristiano, «rompa» con el deber de la procreación...

—Sí. Mi padre fue el que quiso tener hijos. A ella nunca le interesó la parte material, carnal. Un rechazo que viene desde joven, de su época de las obras de caridad.

—Quizás alguna vez quiso ser monja —aventuro.

—Es probable. Como mínimo, en su casa pensaban que sería monja. La caridad lo era todo para ella, hasta que conoció a mi padre.

La inseguridad física de la militancia ácrata en los años veinte era algo indiscutible, dada la gran violencia desatada por parte de pistoleros a sueldo de la patronal, que dejó muchos muertos en el camino. Por ello, saber que eres un objetivo del pistolero patronal, dado que el carisma o las publicaciones periódicas aumentan el riesgo personal, entraba en conflicto con la decisión racional de tener un hijo. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la opción de traer hijos al mundo es una constante en las personas implicadas en procesos revolucionarios.

En 1923, un pistolero pagado por la patronal asesinó en el barrio del Raval de Barcelona al dirigente anarquista Salvador Seguí, apodado el Noi de Sucre. Tenía treinta y siete años y su compañera esperaba un niño. José había conocido al Noi de Sucre, y Octavio confirma que se hablaba con frecuencia de él en su casa. La huella de Seguí en el pensamiento de José es palpable. En una de sus numerosas conferencias, Seguí expresó:

Admitiendo que la anarquía no es un ideal de realización inmediata..., admitiendo que el anarquismo, a través de los tiempos,

pudiese ser una realidad, no dudéis que antes dará margen a la creación de otras concepciones y otras escuelas nacidas, desde luego, de la primitiva concepción de la idea.

[...] Es innegable que nuestra organización, que el sindicalismo, es hijo espiritual del anarquismo... claro que el sindicalismo no es anarquismo, pero sí una graduación del anarquismo. El apartamiento [alejamiento] de los anarquistas de las agrupaciones profesionales es un suicidio. Todo debe y puede hacerse en los sindicatos.

Posteriormente, José pasó a formar parte de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), y sus pensamientos continuaron siendo proudhonianos. Estas contradicciones anarquistas, al igual que le sucedió a Seguí, también las tuvo José Alberola. Contradicciones entre la acción directa, la violencia revolucionaria y la concepción de la no violencia del anarquismo clásico.

Sin embargo, el posibilismo de la época era necesario para no caer en un estado naíf de pensamiento. No eran épocas de «vida armoniosa», «disolución del yo», «sociedad futura» o «naturismo». No, su presente gritaba «sindicatos», «pistolas» y «movilizaciones generales».

Sin embargo, el ideal ácrata romántico de José nunca se perdió del todo, como podemos leer en un párrafo de su ponencia en un congreso de la CNT de 1931, en Madrid:

Los que propugnan por las Federaciones de Industria han perdido fe en el valor del hombre y se lo conceden al engranaje... No queremos la continuación del capitalismo sin capitalismo... El ideal es lo que mantiene la fe. Nosotros no aceptamos nada que se acerque al estatismo.

El mismo año del asesinato de Salvador Seguí, nació Helie, la hija de José y Clara. Y, después de una frustrada experiencia en Alicante, en 1926, en una escuela moderna (fue clausurada por presión de las hermanas catequistas que la tildaron de impartir

«lecciones tendenciosas»), José y su familia se trasladaron a vivir a Alaior, en Menorca.

En ese pequeño pueblo, bañado por una luz mediterránea que solo se comprende cuando se visitan las Baleares, nació, el 4 de mayo de 1928, Octavio Alberola.

Remanso en el Cinca

Los Alberola llegaron a la isla de Menorca en 1926 y vivieron en Alaior en una casa alquilada de origen indiano.

Cuando Primo de Rivera dio el golpe de Estado de 1923, declaró ilegal la CNT, prohibió las publicaciones de tendencia ácrata y persiguió cualquier opinión contraria al régimen. La «guerra de clases» (como diría el historiador Josep Termes) entre la burguesía industrial y la clase obrera devino en una dictadura que oficializó la represión que antes ejercía el pistolero parapolicial. Por ello, actos como el llamado «delito de opinión» eran una excusa legal para encarcelar preventivamente tanto a activistas como a intelectuales.

José estaba expuesto a la nueva política represiva, porque en ningún caso dejó de ejercer tanto de maestro como de militante de la CNT.

Hacia 1930 volvió a publicarse en la clandestinidad el periódico *Solidaridad Obrera*. Fueron numerosas las plumas de prestigio que aportaron artículos y numerosos los anarquistas que pasaron por la prisión Modelo de Barcelona en esa época.

El 14 de septiembre de 1930 se celebró un mitin de protesta en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona. Fue una convocatoria que aglutinaba fuerzas políticas de tendencia diversa. Se protestaba contra la expulsión de Francesc Macià de Cataluña. También se reclamaba la amnistía a los presos políticos. En dicho acto, hablaron figuras como Lluís Companys, Antoni Rovira, Àngel Samblancat y, representando al Comité Regional de la CNT, José Alberola.

Después del mitin, de regreso a Menorca, José fue interceptado por la policía mientras desembarcaba en Ciutadella. Lo detuvieron y le comunicaron que debía abandonar la isla cuanto antes; fue desterrado por su actividad militante. De esta manera, tan solo dos años después de haber nacido, Octavio y su familia emprendieron el retorno a Barcelona.

El año 1930 fue el último de la dictadura de Primo de Rivera, cada vez más enrarecida y obtusa. Ejemplo de ello es Severiano Martínez Anido, que fue gobernador militar y civil de Barcelona y luego ministro de Gobernación impuesto por el dictador. Abiertamente, Martínez Anido proclamó su desprecio hacia los intelectuales y la clase obrera. Gallego de nacimiento, Martínez Anido tenía un completo historial de crueldad y atrocidades cometidas en Cuba, Filipinas o Marruecos. Una persona idónea, según Primo de Rivera, para contener a los anarquistas de la capital catalana.

Pero los días del dictador estaban contados y los partidos políticos de diversas ideologías, esta vez con el apoyo de la CNT, reclamaron el retorno de la República. Ese mismo año, la CNT llamó en diciembre a la huelga general. Como represalia, fueron detenidos casi todos los dirigentes de la regional de Barcelona, entre ellos José, que pasó un breve tiempo en la Modelo. De allí provienen los recuerdos transmitidos a Octavio. Recuerdos de la «universidad», junto a otros anarquistas allí retenidos.

Finalmente, el general Primo de Rivera, aquejado de diabetes y rechazado por buena parte del ejército, cedió el poder el 28 de enero de 1930 y la República fue restaurada. Y con ella llegó la amnistía.

De nuevo en libertad, José Alberola trabajó durante un tiempo en varias escuelas racionalistas de la CNT, en Barcelona y Manresa. La errancia de los Alberola se detiene en 1933, en Fraga, a pocos kilómetros de donde había nacido José. Aquí es donde comienzan los recuerdos de Octavio.

La ciudad de Fraga contaba en los años treinta con, aproximadamente, 7500 habitantes. Pequeña, rural, habitada desde

tiempos inmemoriales, con vestigios íberos, romanos o árabes, Fraga fue lugar de disputa entre aragoneses y catalanes. La ciudad, un poco después de la llegada de los Alberola, se disponía a experimentar uno de los cambios sociales más originales de la historia del siglo XX. En 1936, por un breve período de tiempo que no llegó al año, toda esa área del Bajo Cinca formó parte del Consejo Regional de Aragón, por lo que los habitantes de la región vivieron bajo la lógica del comunismo libertario, colectivizando la tierra y aboliendo la propiedad privada y el dinero.

La escuela donde José comenzó a dar clases se llamaba La Cultural y era parte del ateneo libertario Sociedad Cultural Aurora que habían formado los afiliados a la CNT de Fraga y sus alrededores.

Un antigua alumna de José afirma en una entrevista que no hacía falta ser anarquista ni de clase proletaria para asistir a la escuela La Cultural. Sin embargo, los alumnos provenían sobre todo de familias campesinas que sí lo eran.

Sobre el ateneo, hay un testimonio de un vecino, Agustín Orús, que fue alumno de José:

El Ateneo era muy dinámico, teníamos un grupo artístico y hacíamos representaciones de teatro, giras libertarias por los pueblos de la comarca, y disponíamos de una rica biblioteca que ponía los libros a disposición de los asociados.

Teatro, alfabetización, higiene y otras muchas materias se enseñaban allí para todo aquel que quisiera aprender. Muy pronto, José y Clara se integraron en el pueblo, ganándose la simpatía de los trabajadores fragatinos y la enemistad, una vez más, de las clases acomodadas.

Valerio Chiné Bague, otro alumno, dice del maestro Alberola:

Yo apenas le conocía, pero era el único maestro que daba clases a las horas que mejor le fueran al discípulo... Me puse de acuerdo con él para asistir a sus clases a las nueve de la noche.